



ES.10037-ADPCC/04.02.50.FOT/2309.
Joven trujillana con un vestido elegante. Diéguez, Trujillo, s. f.



ES.10037-ADPCC/04.02.50.FOT/2332.
Militar con uniforme de gala. C. Prado, Cáceres, s. f.

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: “¿Dónde estás tú?” Y él respondió: “Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí”. Y Dios le dijo: “¿Quién te enseñó que estabas desnudo?”.

Génesis, 3, 6-11.

¿Cuándo empezó la historia del vestido? Según la Biblia, con Adán y Eva, y no fue para protegerse del frío, sino para tapar su desnudez. Un poco antes o después, en la prehistoria, ya en muchas pinturas rupestres la figura humana se representa vestida. Quizá al principio, en las pequeñas comunidades prehistóricas, todos los individuos vistieran de manera similar, pero luego la cosa empezó a complicarse: de los harapos de los más humildes a los sofisticados y costosísimos atuendos, bordados con hilo de oro, de reyes y reinas y arzobispos y papas. La desnudez nos iguala; el vestido es el que marca las diferencias, sobre todo sociales, pero también de género, nacionales o laborales.

Hay vestidos humildes de diario y los hay elegantes que no queremos que se ensucien, hay trajes más o menos vistosos para las ceremonias (algunos, como el de la boda o el de la primera comunión, para lucirlos una sola vez en la vida); en las ceremonias, además, cobra el color un simbolismo que hay que sumar a la forma del traje: el blanco es pureza o alegría, y blanca es la mantilla de cristiano o el traje de la novia; el negro es para el luto y el diseño del traje de duelo ha de ser parco, acorde al sentimiento triste de quien lo lleva. Hay uniformes que pregonan el oficio de quien los viste: camarero, soldado, bombero, futbolista... Y también está el disfraz, con el que ocultamos nuestra identidad para obtener otra postiza, momentánea y festiva.



ES.10037-ADPCC/04.02.50.FOT/2282.
Mujeres con traje de diario. Anónimo, Cáceres, s. f.



ES.10037-ADPCC/04.02.50.FOT/2295.
Pareja de novios. Regidor Trejo, Madrigalejo, s. f.

Dice el refrán que el hábito no hace al monje, pero siempre nos influye psicológicamente nuestra vestimenta; para estar a gusto debemos ir vestidos según nuestro talante, y también vemos a los demás, al menos en la primera impresión, a través de lo que nos dice su indumentaria. Thomas Edward Lawrence (1888-1935) cambió el uniforme del ejército británico por la túnica árabe para ser más Lawrence de Arabia. En la película de 1982 “La noche de Varennes”, de Ettore Scola, una dama de la corte le hace una reverencia -y no de burla- a un maniquí vestido con el traje del rey.

Antes de la fotografía sólo podían retratarse las clases pudientes, “inmortalizadas” en el lienzo por los pintores. Al poco tiempo de empezar la fotografía, cualquiera podía tener su retrato. Ahora todo el mundo puede hacerse cien selfis diarios que se borrarán mañana, poniendo morritos o los dedos con la señal de la victoria, enseñando el último pantalón comprado que es como el de la “influencer” de turno o con cuarenta poses para que se vea la camisa de todas las maneras posibles, pero hace cien años una fotografía era algo perdurable y se elegían los mejores trajes para posar ante la cámara, porque esa imagen quedaría y había que salir guapo. Los fotógrafos de la región nos han ido dejando la efigie de nuestros antepasados, pero también la historia de nuestros trajes. Excepcionalmente, fotógrafos foráneos nos han visitado también; curiosamente, en el año 1951 se editaron dos publicaciones norteamericanas que tenían a Extremadura como protagonista: el libro de Ruth Matilda Anderson “Spanish Costume: Extremadura”, publicado por la Hispanic Society of America, y el número del 9 de abril de la revista Life (que anuncia en la portada que se imprimen 5.200.000 ejemplares), en el que aparece el ya mítico reportaje de Eugene Smith sobre Deleitosa. Anotaremos que este último busca en sus imágenes destacar la miseria de la vida rural en la España de entonces -más acentuada la miseria por aparecer entre la glamurosa propaganda de la comfortable vida norteamericana-, en tanto que el libro de Ruth Matilda Anderson ofrece una imagen menos sórdida, quizá porque lo que le interesa es el folklore y lo que muestra son los mejores trajes regionales y los complementos más atractivos: pendientes, collares, pulseras... Las calles de los pueblos son las mismas, los rostros de los vecinos son similares. Y, sin embargo, no lo parecen.



ES.10037-ADPCC/04.02.50.FOT/2388.
Niño disfrazado de Pierrot. Javier, Cáceres, s. f.



BEX 19659.



BEX 19659.
Dos fotografías del reportaje de Eugene Smith sobre Deleitosa que apareció en el número del 9 de abril de 1951 de la revista Life. Arriba: bautizo de un niño. Abajo: Velatorio.